

memoria de los sucesos pasados y tornar a aquel instante, de imponderable belleza, en que la linda niña le llamaba ingrato! Pero aún vivía para hacer un acto de contrición, una profesión de amor, en la que lo de menos serían las palabras, porque toda su alma se volcaría, como ola viajera para tender a los pies de aquella rubia gentil las espumas de sus sentimientos, que por dichas de ambos eran cálidas primicias ofrecidas a la mujer. Cuando descendió del tren en el apeadero de Villagrosa hubiera, como el bizarro monarca inglés, ofrecido un reino por un caballo; pero tuvo que conformarse con subir a un birlocho prehistórico, que arrastraba valetudinario macho romo, y al cabo de cuarenta minutos se apeaba a la puerta del vetusto palacio. Anochecía y el inmenso portalón estaba sombrío, tenebroso. Del pasadizo del jardín venía una corriente de aire húmedo y perfumado, y la ancha escalera de piedra de granito le pareció interminable y de áspera ascensión. Llamó a la puerta, sonaron pasos menudos y apareció el rostro gracioso de Manuela, quien lanzó un grito de sorpresa al reconocer a su cuñado. En seguida salió del comedor un chorro de más viva luz, y quinqué en mano se presentó Amparo, más bella aún envuelta en el cono luminoso. Detrás venía el bondadoso Juan y en último término un muchacho alto, bien parecido, de noble frente y mandíbulas de animal carnívoro, cuya fisonomía, que a primera vista parecía dura, dulcificaban unos ojos negros como aceitunas, que rebosaban pasión. Julián adivinó en él al novio de Amparo. Ya eran prometidos. Cuando al quedarse solos los cuatro le dieron al viajero la noticia, estaba prevenido contra toda emoción, y tuvo el heroísmo de felicitar a la novia, que le contestó con cierto tonillo de impertinente dejó agradeciéndole la enhorabuena.—¿Y tú?...

—Yo..., siempre fracasado; nunca me hacen justicia—contestó Julián ahogándose.

—Pues, ¿y el libro?...

—Inadvertido, como el anterior.

—Pero en las oposiciones...

—Preterido y expoliado... Sólo me falta antes de pegarme un tiro, que también aquí encuentre odio—dijo el pobre viajero con voz sorda, y al mirar a su hermano le vió con los ojos turbios, temblándole las mejillas y con los brazos abiertos. Estrecháronse con efusión y cuando Julián dominó su tierno abatimiento, se encontró con el semblante lloroso de su cuñada, que le contemplaba con indulgente cariño. La linda rubia a quien despreció y ahora tenía aposentada en el alma, estaba serena. En sus ojos de turquesa se leía compasión, hasta perdón; pero el alma de su dueña no asomaba en ellos y era prueba inequívoca de que tenía dueño.

VI

El jardín del duque Miguel Pedro no sufrió variación sensible en los dieciocho meses que duró la ausencia de Julián. Recorriólo éste, experimentando la punzada fina y sutilísima de ese remordimiento agudo cuando no podemos exculparnos ni en un ápice, aun abogan-

po lo más bajo de nuestro egoísmo; pero en lugar de abatirse, ni prorrumpir en execraciones inútiles, Julián Morales cogió una azada, cavó hondo junto al pilón de la fuente del Silfo, y arrancando del dedo anular de su mano izquierda un ancho cintillo de oro, después de darle vueltas contemplándolo, lo depositó en el hoyo y lo enterró concienzudamente. Lo había comprado en la plaza de España en Roma y hecho grabar en él, como divisa, el soberbio *non omnis moriar*. Sentó con el talón la tierra removida, sacó un cigarro y arrojó la primera bocanada de humo, murmurando con energía:

—Y ahora... ¡vida nueva!

DIEGO MARIA CREHUET



PENSAMIENTOS

Las mujeres que aman perdonan más fácilmente las grandes indiscreciones que las pequeñas infidelidades.

LA ROCHEFOUCAULD

La jovialidad es tan natural al hombre sano como el color de sus mejillas.

RUSKIN

He pasado por todas las condiciones, y después de una exacta reflexión sobre la vida no encuentro más que dos cosas que puedan hacerla feliz: la moderación en los deseos y un buen uso de la suerte.

SAINT-EVREMONT